

# Octavio Paz y las voces secretas

Hernán Lavín Cerda



© Rogelio Cagellari

*¿Qué sucederá con la otra voz, la secreta y más profunda, la que se atreve a construir su propio espacio?, se pregunta Hernán Lavín Cerda —escritor, poeta y autor de Música de fin de siglo y Las nuevas tentaciones— en el presente ensayo sobre la obra de Octavio Paz. A lo largo de su vida, afirma, el Premio Nobel de Literatura no dejó de reflexionar sobre el pasado y el porvenir de la otra voz, la de la poesía.*

Una inquietud persigue a Octavio Paz durante casi cuarenta años. Lo alumbra y lo deslumbra desde el primer esbozo en 1951 de lo que sería después de un lustro *El arco y la lira* hasta su libro *La otra voz. Poesía y fin de siglo*: “¿Cuál será el lugar de la poesía en los tiempos que vienen? Más que una descripción y menos que una profecía, mi respuesta es una profesión de fe”.

Vislumbro a Paz, no mucho antes de su alejamiento del mundo (los poetas no mueren, sólo se alejan), y en su mirada aparece el signo inagotable de la pregunta o de la incertidumbre; un signo que se multiplicará a lo largo del siglo xx. ¿Qué gravitación tendrá el Arte de la Palabra entre los individuos que viven o tal vez sobreviven bajo el modelo de la sociedad de consumo y el poder hegemónico de los mercados? “No me inquieta la salud de la poesía sino su situación en la sociedad en

que vivimos”. De cualquier modo, la otra voz ha sobrevivido “aunque condenada a ocultarse en las catacumbas”. La inmensa minoría que configuran los artistas del idioma y sus lectores —de acuerdo con Juan Ramón Jiménez—, seguirá resistiendo a pesar de todo. Escribir dentro del lenguaje imantado que gira en el círculo de la revelación, no es más que una forma de resistencia.

Sólo así se puede establecer un contacto profundo con la historia mítica, la escritura sagrada o de fundación. Surge entonces la revelación del pasado original que desvela el tiempo arquetípico, anterior a los tiempos. Aquella escritura de fundación y profecía: lo que fue, será y está siendo desde la eternidad, en un amasijo que trasciende todo límite espacial o temporal. Dice el autor de *Libertad bajo palabra. Obra poética 1935-1958*:

Por obra de la imaginación, el hombre sacia su infinito deseo y se convierte él mismo en ser infinito. El hombre es una imagen, pero una imagen en la que él mismo encarna. (...) La verdadera historia del hombre es la de sus imágenes.

A lo largo de su vida, Octavio Paz nunca dejó de reflexionar sobre el pasado y el porvenir de la otra voz, aquella que se encarna en las imágenes. Pero el destino de la poesía es amenazado por la razón que a menudo engendra monstruos, así como por el arrebato sinuoso y cruel de la Historia. Es conveniente cuidarse de la idolatría del yo mismo:

Ser *uno mismo* es condenarse a la mutilación pues el hombre es apetito perpetuo de ser otro. La idolatría del yo conduce a la idolatría de la propiedad; el verdadero Dios de la sociedad cristiana occidental se llama dominación sobre los otros. Concibe al mundo y los hombres como *mis* propiedades, *mis* cosas. El árido mundo actual, el infierno circular, es el espejo del hombre cercenado de su facultad poetizante. Se ha cerrado todo contacto con esos vastos territorios de la realidad que se rehúsan a la medida y a la cantidad, con todo aquello que es cualidad pura, irreductible a género y especie: la substancia misma de la vida.

La rebelión de los poetas románticos y la de sus herederos modernos no fue tanto una protesta contra el destierro de Dios como una búsqueda de la mitad perdida, descenso a esa región que nos comunica con lo *otro*. Por esto no encontraron lugar en ninguna ortodoxia y su conversión a esta o aquella creencia nunca fue total. Detrás de Cristo o de Orfeo, de Luzbel o de María, buscaban esa realidad de realidades que llamamos lo divino o lo *otro*.

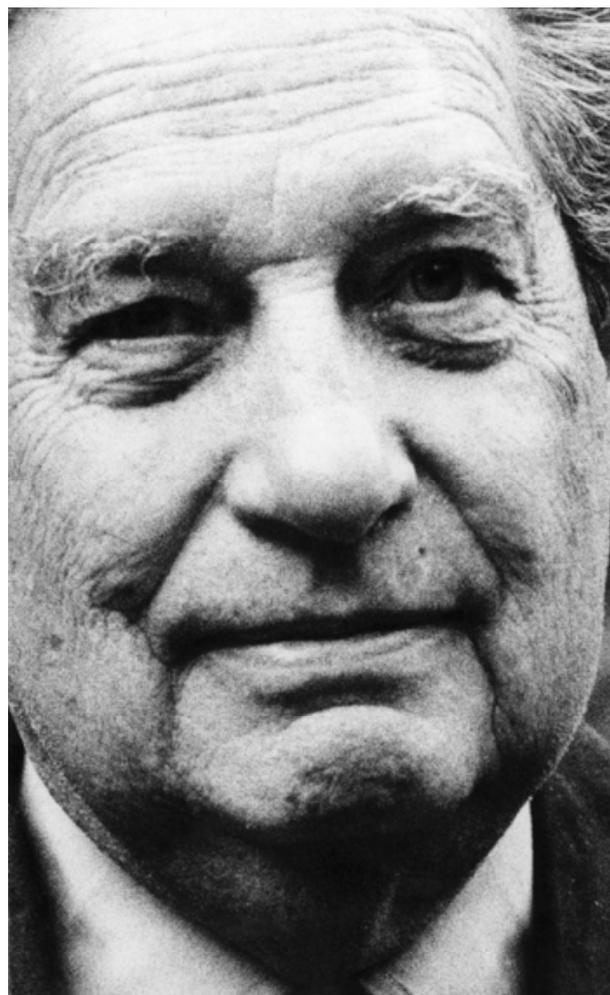
Sin embargo, no todos los seres humanos han recibido esa luz palpitante de la poesía que pudiera despertarlos: ni como creadores ni como lectores. Quizá nadie se atrevería a desconocer que la lectura es un ejercicio que pertenece al espacio de la creación. Pero el hombre huye hasta de su propia sombra. Siente miedo de quedarse solo, solitario, tan solo como en el origen; es decir, acompañado por él mismo. La poesía es el temblor de la llama en la vela, el murmullo de la otra voz, el puente que ayuda a trascender la soledad, más allá de lo estéril que también pueden ser las catacumbas, aunque el hombre no se atreve a descubrir lo que se esconde más allá del puente. Es una víctima del pavor: siente miedo de que aparezcan los fantasmas desde la otra orilla. Lo agobian los espectros de los otros y, desde luego, el indomable fantasma de sí mismo.

El cultivo de la palabra poética es autognosis, descubrimiento de los orígenes, aparición de los ángeles y

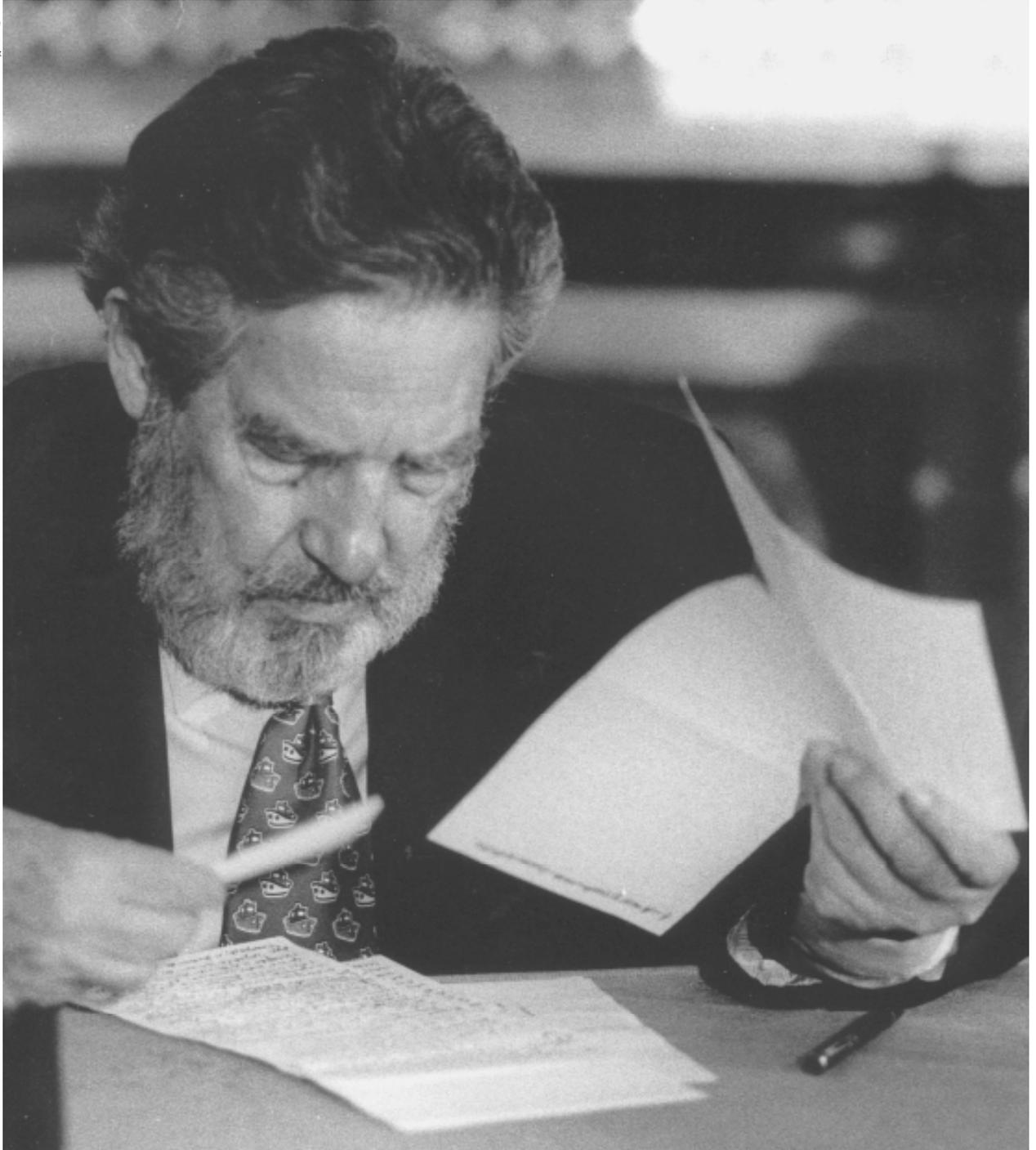
los demonios. Constituye un viaje de plenitud, certeza e incertidumbre, hacia el reino de lo desconocido, aun cuando la criatura humana es temerosa de la naturaleza de esos viajes. Se dice que el hombre no soporta el exceso de realidad, y es muy posible que sea cierto. Por ello inventa el Arte de la Palabra, pero de improviso puede sentirse abrumado por la otra realidad que surge del acto de la creación: se conoce y se desconoce en ella, como si fuese un extraño ante esa obra no menos extraña; termina entonces por volver al temor del origen: siente miedo de sí mismo y prefiere consumir sin cautela, ser un devoto de la dictadura supuestamente democrática del mercado, y no correr el peligro de verse obligado a despertar frente al espejo.

Romanticismo, modernidad, vanguardia: los espacios de una resistencia más o menos convulsa. No ha sido fácil subsistir en contra de la corriente que puso los límites y trata de conservar sus dominios, como dijera André Gide. El artista es un ser que afirma y que niega, simultáneamente; lo cuestiona todo como si fuese un niño con la inquietud de saber aquello que tal vez nadie sabe todavía, ejerciendo el poder de la duda, del humor multiforme por su condición genética, y de la sonrisa cuya ambigüedad es temblorosa.

En un diálogo de Octavio Paz con Benjamín Prado (Londres, 21 de mayo de 1988), y con el cual se clau-



© Rogelio Cárdenas



sura el volumen *Convergencias*, el poeta y ensayista sostiene que escribió *El arco y la lira* como una suerte de *Defensa de la poesía*, a la manera de Shelley.

Desde fines del siglo XVIII los poetas sintieron la necesidad de justificar con escritos en prosa la existencia de la poesía y así justificar la suya propia. La edad moderna ha sido la edad de la prosa y de la crítica. La prosa se convirtió en el espejo de la poesía. Un espejo crítico, reflexivo. Los ensayos y manifiestos de los poetas, del romanticismo a nuestros días, han sido la respuesta a la doble pregunta que nos hace la modernidad: ¿por qué y para qué hay poesía? Mi libro fue una respuesta más a esa interrogación. No sé si fue una teoría. Tal vez no fue sino una imagen o,

más exactamente, ese manojito de reflejos y reflexiones en que se transforma un cuerpo al reflejarse en un espejo.

*El arco y la lira* fue también una tentativa de exploración de mis orígenes. Un viaje a través de la genealogía poética de un mexicano que escribe en el idioma español en la segunda mitad del siglo XX. Soy un heredero del movimiento poético moderno, iniciado en Europa por los primeros románticos y que fue transplantado a nuestro continente por dos grandes poetas, que lo recrearon y cambiaron: Whitman y Darío. Desde entonces la historia de la poesía moderna de Occidente ha sido el diálogo entre los poetas de América y Europa. Hoy ese gran movimiento, probablemente, toca a su fin. No lo lamento demasiado: vivir un acabamiento no es menos fascinante que

vivir un nacimiento. Además, nuevas configuraciones poéticas comienzan a dibujarse en el horizonte, aunque todavía muy débilmente.

Dediqué a este tema un nuevo libro, *Los hijos del li - mo*, escrito en 1970. El título no fue afortunado y hoy bautizaría esas páginas de otra manera —*Líneas de con - vergencia* o algo así. Un título que aludiese al fin de la estética de la ruptura que inspiró a las vanguardias del primer tercio de nuestro siglo. Secreto a voces: la vanguardia ya no es sino una nostalgia, cuando no es algo peor: una especulación. Pero la poesía contemporánea (lo mismo ocurre con la música y con las artes visuales) no rompe con la vanguardia: la continúa y al continuarla la cambia. No es un movimiento, una escuela o, siquiera, una tendencia: es una exploración individual. No es una ruptura sino una convergencia, que no excluye la divergencia y aun la insurgencia contra la academia vanguardista.

Escritura poética, entonces, que reflexiona y se observa en su propio espejo crítico mientras fluye, creando una red de afirmaciones y negaciones, paradojas o contradicciones, a partir de la proliferación enriquecedora de los sujetos textuales. Individualidad y heteronimia, aunque esta última circunstancia no tenga que ver con la precisión en el perfil psíquico de algunos personajes reconocibles únicamente por sus nombres. La cohesión interna y externa de los hablantes poéticos aún controlados por el autor, no es muy estable y tiende a la inseguridad, como también ocurre con el anonimato de quienes se comportan, a menudo, de una manera equívoca y esquiva. Su conducta es semejante a la de los heterónimos, aun cuando no lo sean de un modo ortodoxo. Existe una multiplicación de voces dentro del registro de un solo poeta, y la tendencia es aun más notoria en la poesía contemporánea. La escritura no se petrifica en una voz unívoca, muy segura de sí, casi autista e indivisible: se ha vuelto, por el contrario, cada vez más coloidal. A ello contribuyen, quizá sin desearlo a nivel de la conciencia, la confusión y la incertidumbre de nuestros días.

¿Hacia dónde va el mundo? O más exactamente: ¿Hacia dónde van los mundos del mundo? ¿Sobrevivirá el soplo de lo singular ante la globalización controlada por el autoritarismo de los mercados y la actitud pragmática de los consorcios multinacionales? ¿Habrá futuro para la poesía, el oficio de catacumbas, el arte de la comunión que regula el voltaje del espíritu? Aún se

dice que el ser humano necesita del Arte de la Palabra para estar cerca de los otros: hablar en público, llegar a ser una voz pública mientras dialoga con sus semejantes en privado, y terminar hablando con los dioses aunque no crea en ellos.

Con futuro o sin él, habrá poesía como hay religiones: necesidad de la revelación, del pulso del origen, de la trascendencia que palpita como la luz, del regreso al Paraíso, de la respiración de la llama en lo más alto de la vela. Se publique o no, se divulgue o no, la poesía es y será una criatura perdurable; camaleónica y en metamorfosis continua, microscópica y cósmica, como viene ocurriendo desde la aparición del primer hombre y la primera mujer sobre la Tierra. En el arte de la poesía, más allá de las distintas tendencias estéticas, el ser humano se sitúa dentro y fuera de los límites del tiempo, y descubre su naturaleza ambigua y su condición de ubicuidad. El Arte de la Palabra es el espacio fértil para que allí se produzca el milagro de las transfiguraciones: la realidad en movimiento que vivimos y que somos. Con la lucidez del espíritu que viene de vuelta, Cintio Vitier ha dicho que la poesía es una persistente batalla contra la tentación e infinitud de los rumores:

Lucha ceñida y rumorosa que nos pide la devoción por ella misma, no por sus cándidos trofeos. Pero es también un método, el principal en mí, de contacto desnudo con el ser de las cosas y de la existencia humana, de angustiada religazón al origen milagroso del idioma y el espíritu, en cuyas relaciones actúan como príncipes sombríos la historia y el agitado peso de la conciencia.

#### FERTILIDAD DE LA TRANSGRESIÓN

En aquel diálogo con Benjamín Prado (“Una poesía de convergencias”), Octavio Paz responde a las preguntas, a veces preguntándose, y a través del desliz pendular de una red fragmentaria. Es difícil olvidar esos conceptos que aparecen como advertencia al lector en la primera página de su libro *Corriente alterna*. Una fecha es el imán que reúne a sus palabras escritas en Delhi, allá en el norte de la India: 10 de marzo de 1967.

Creo que el fragmento es la forma que mejor refleja esta realidad en movimiento que vivimos y que somos. Más que una semilla, el fragmento es una partícula errante que

La poesía es el temblor de la llama en la vela,  
el murmullo de la otra voz, el puente  
que ayuda a trascender la soledad...



Rafael Alberti, Octavio Paz y Marie José Paz

sólo se define frente a otras partículas: no es nada si no es una relación. Un libro, un texto, es un tejido de relaciones.

Lo mismo sucede con el arte de la conversación: un intercambio de opiniones, dudas y certidumbres que se integran configurando el nuevo tejido.

En cuanto a la (justificada) queja de Victor Hugo: lo que debemos hacer con los modelos clásicos es cambiarlos, transformarlos, incluso deformarlos. En realidad, esto es lo que hace cada generación y cada poeta: sus imitaciones son transgresiones; sus negaciones, homenajes. La negación es una forma polémica de dialogar con el pasado. La actitud de los poetas ante la tradición es siempre ambigua: filialidad polémica hecha de subversión y de imitación, de ruptura y de continuidad.

Pequeños dioses o pequeños demonios, los artistas del verbo encarnado van por el mundo a ciegas, alumbrándose mientras descubren la realidad, *realmente*, desde la clarividencia de la otra voz: alumbrándose y deslumbrándose. Por medio del cultivo de las palabras que iluminan, el poeta se sumerge hasta dar con el método de la liberación interior: somos algo más que un tránsito. Más que ver al poeta como un pequeño dios, al modo de Vicente Huidobro, el autor de *El mono gramático* prefiere la definición de William Blake, para quien los verdaderos poetas están siempre del lado del demonio, aunque a veces sin saberlo ellos mismos:

A la manera del diablo, el poeta crea por la negación, la omisión, el silencio... Pero las metáforas teológicas comienzan a cansarnos; el poeta no es ni ángel ni diablo: es un pobre hombre condenado a perseguir unas cuantas palabras elusivas y a ser perseguido por ellas. El poeta edifica con aire unas figuras hechas de sonidos que son sentidos, que son visiones. Después desaparece, pero las figuras verbales que ha inventado tienen la extraña propiedad de levantarse de la página en que yacen y entrar en la mente del lector por sus orejas y sus ojos para, allá adentro, echarse a bailar, cantar y disiparse. Después regresan a su tumba provisional en el libro. La zona en que aparece la poesía es un espacio indeterminado entre el lector y el poema. Ese espacio se anima, se vuelve intensamente personal y se convierte en un cuerpo sonoro gracias a la conjunción entre la voz del lector y las palabras del poema.

Más que la tentativa de un hombre infinito, como hubiera dicho Pablo Neruda, la intención de los artistas de la palabra, mediante una conducta de buzos aparentemente ciegos, no es otra que la de regresarnos a la época del Paraíso perdido, en que todo, al parecer, dialogaba de manera armoniosa con todo, y la comunicación era un ejercicio espiritual que abría el camino hacia la comunión.

Cuando la ética actual de nuestros días, a través del discurso dominante, oscila entre la ambición que va de los costos a los beneficios, como única estrategia para el secuestro de la conciencia sensible —aunque no siempre alerta— de los seres humanos, el artista de la pala-

bra puede ser un antídoto que propicie nuestro despertar. Sin embargo, no sólo el poeta es una colección de fragmentos heterogéneos. El yo de todos los hombres también se dispersa, multiplicándose. En su ensayo “Los signos en rotación”, Paz advierte que el fenómeno moderno de la incomunicación no depende tanto de la pluralidad de sujetos cuanto de la desaparición del tú como elemento constitutivo de cada conciencia.

No hablamos con los otros porque no podemos hablar con nosotros mismos. (...) La conversión del yo en tú —imagen que comprende todas las imágenes poéticas— no puede realizarse si antes el mundo no reaparece. La imaginación poética no es invención sino descubrimiento de la presencia. Descubrir la imagen del mundo en lo que emerge como fragmento y dispersión, percibir en lo uno lo otro, será devolverle al lenguaje su virtud metafórica: darle presencia a los otros. La poesía: búsqueda de los otros, descubrimiento de la *otredad*.

Cuánta desolación si somos incapaces de hablar con nuestra sombra, la sombra cotidiana que nos alumbramos. El hombre contemporáneo, sumergido en el vértigo de cada día, no puede sentirse acompañado por la soledad que habita en el fondo de su ser, y que podría convertirse en un alimento precioso. Al no escucharse a sí misma en voz baja, sin abrir los labios, la criatura humana se vuelve cada vez más ajena: parece estar junto a su sombra, aunque lo cierto es que está cada vez más ausente. El hombre huye, no siempre lo sabe pero huye; tal vez quisiera encontrarse con los otros dentro de sí, unirse a ellos, aun cuando se desconoce a una velocidad perturbadora: no tiene idea de quién es, a pesar de que se identifica con un nombre, y ya sabemos que dicho nombre no es algo muy seguro entre las arenas movedizas de la identidad.

Permanecer con uno mismo en silencio, a fin de que aparezca, paso a paso, el rumor de la otra voz, provoca un desasosiego insostenible. El ser humano escapa de cualquier metamorfosis que pueda convertirlo en un eremita, aunque sea por un tiempo breve. Sin duda que hay excepciones. Sin embargo, huir de uno mismo lo antes posible, se ha vuelto casi una consigna. Las puertas no se abren a la reflexión o a la palabra introspectiva y sensible, que mantiene su nostalgia por el canto, el ritmo sensual y la belleza. No al cántico de la otra voz: la espiritual, la más profunda, la que se atreve a cons-

truir su propio espacio imaginario y a dudar de él con inquietud, humor y confianza, con iluminación y deslumbramiento, socráticamente. Cuánta desolación si no somos capaces de acercarnos al Arte de la Palabra. Aun cuando tengamos los ojos abiertos, estaremos más dormidos que nunca; dormidos en vigilia, lo cual es aún más desconcertante.

En un pasaje de su texto “El verbo desencarnado”, que aparece en *El arco y la lira*, Octavio Paz dice con perspicacia:

El poeta moderno no tiene lugar en la sociedad porque, efectivamente, no es “nadie”. Esto no es una metáfora: la poesía no existe para la burguesía ni para las masas contemporáneas. El ejercicio de la poesía puede ser una distracción o una enfermedad, nunca una profesión: el poeta no trabaja ni produce. Por eso los poemas no valen nada: no son productos susceptibles de intercambio mercantil. El esfuerzo que se gasta en su creación no puede reducirse al valor trabajo. La circulación comercial es la forma más activa y total de intercambio que conoce nuestra sociedad y la única que produce valor. Como la poesía no es algo que pueda ingresar en el intercambio de bienes mercantiles, no es realmente un valor. Y si no es un valor, no tiene existencia real dentro de nuestro mundo. La volatilización se opera en dos sentidos: aquello de que habla el poeta no es real —y no es real, primordialmente, porque no puede ser reducido a mercancía—; y además la creación poética no es una ocupación, un trabajo o actividad definida, ya que no es posible remunerarla. De ahí que el poeta no tenga *status* social. La polémica sobre el “realismo” se iluminaría con otra luz si aquellos que atacan a la poesía moderna por su desdén de la “realidad social” se dieran cuenta de que no hacen sino reproducir la actitud de la burguesía. La poesía moderna no habla de “cosas reales” porque previamente se ha decidido abolir toda una parte de la realidad: precisamente aquella que, desde el nacimiento de los tiempos, ha sido el manantial de la poesía. “Lo admirable de lo fantástico —dice Breton— es que no es fantástico sino real”. Nadie se reconoce en la poesía moderna porque hemos sido mutilados y ya se nos ha olvidado cómo éramos antes de esa operación quirúrgica. En un mundo de cojos, aquel que habla de que hay seres con dos piernas es un visionario, un hombre que se evade de la realidad. Al reducir el mundo a los datos de la conciencia y todas las obras al valor trabajo mercancía, automáticamente se expulsó de la esfera de la realidad al poeta y a sus obras.

Se publique o no, se divulgue o no,  
la poesía es y será una criatura perdurable;  
camaleónica y en metamorfosis continua...

A medida que el poeta se desvanece como existencia social y se hace más rara la circulación a plena luz de sus obras, aumenta su contacto con eso que, a falta de expresión mejor, llamaremos la mitad perdida del hombre. Todas las empresas del arte moderno se dirigen a restablecer el diálogo con esa mitad. El auge de la poesía popular, el recurso al sueño y al delirio, el empleo de la analogía como llavedel universo, las tentativas por recobrar el lenguaje original, la vuelta a los mitos, el descenso a la noche, el amor por las artes de los primitivos, todo es búsqueda del hombre perdido. Fantasma en una ciudad de piedra y dinero, desposeído de su existencia concreta e histórica, el poeta se cruza de brazos y vislumbra que todos hemos sido arrancados de algo y lanzados al vacío: a la historia, al tiempo. La situación de destierro, de sí mismo y de sus semejantes, lleva al poeta a adivinar que sólo si se toca el punto extremo de la condición solitaria cesará la condena. Porque allí donde parece que ya no hay nada ni nadie, en la frontera última, aparece el *otro*, aparecemos *todos*. El hombre solo, arrojado a esta noche que no sabemos si es la de la vida o la de la muerte, inerme, perdidos todos los asideros, descendiendo interminablemente, es el hombre original, el hombre real, la mitad perdida. El hombre original es todos los hombres.

Pa rece que estas reflexiones, más dolientes que eufóricas, hubieran sido escritas ayer, más bien hoy, tal vez mañana. Aún sorprende la perspicacia del pensamiento sensible y visionario. Antes de haber cumplido los



© Rogelio Cuelar

cincuenta años de edad, Octavio Paz ya percibía lo inevitable: aquel divorcio cada vez más profundo entre los artistas, no sólo de la lengua, y las preferencias mercantiles de la sociedad contemporánea. Todo se compra y se vende a quien hace la oferta más ventajosa: lo que es propio de la materia y lo que pertenece al espíritu. La plusvalía adquiere entonces un rango de naturaleza divina. Acumulación de capital, capitalismo ausente de la sensibilidad humanista, y expansión territorial. Dominio en plenitud, a cualquier precio, en paz o en guerra.

Consortios transnacionales en todos los espacios, incluyendo el de la cultura: los bienes del espíritu también se compran y se venden al mejor postor. No importa su riqueza intrínseca; lo importante es su valor de uso mercantil: los libros se convierten en una mercancía volátil o percedera. Los autores se venden por su firma, su notoriedad pública, aun cuando sus obras no siempre constituyan un paradigma de calidad temática, visión inaugural, esplendor de ideas o belleza lingüística. ¿Qué diría Paz si apareciera de nuevo como un testigo vigilante? El diagnóstico que hizo a partir de la segunda mitad del siglo XX, según los sucesos de cada día, se volvió aún más preciso. ¿Qué puede hacer el Arte de la Palabra en un contexto histórico tan despiadado?

#### URGENCIA DE LA COMPASIÓN

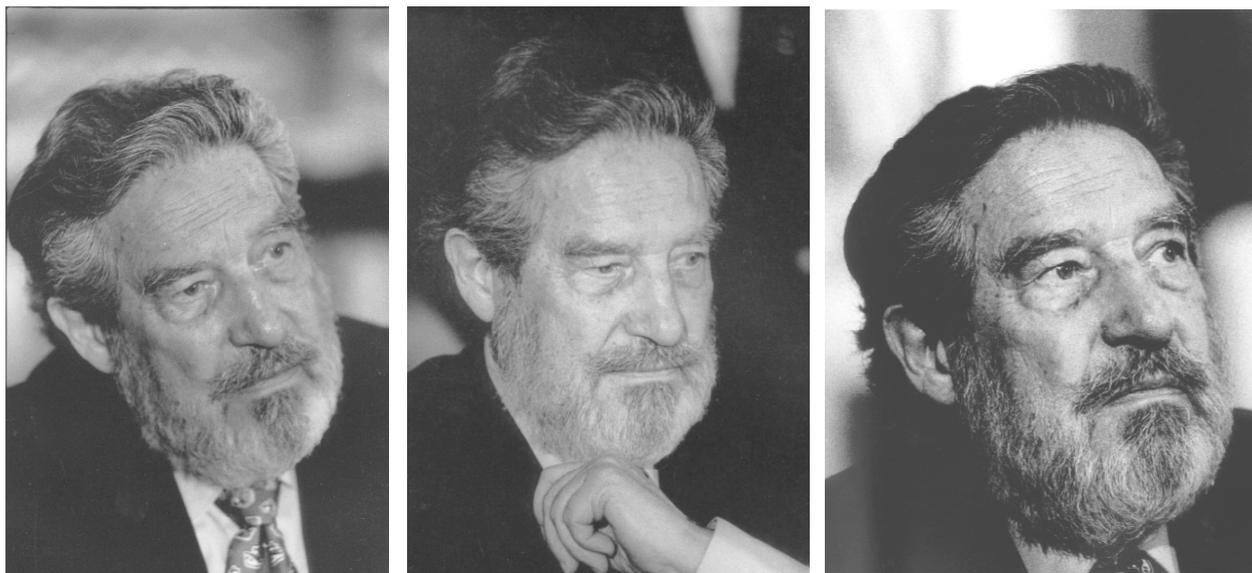
Un mes antes de recibir el Premio Nobel de Literatura, en septiembre de 1990, apareció en Barcelona *La otra voz. Poesía y fin de siglo*, un nuevo libro de ensayos de Octavio Paz. A través de las páginas del volumen, el poeta enriquece su pensamiento crítico a la luz de los acontecimientos históricos. La lucidez, el equilibrio y la incertidumbre aparecen una vez más. El ensayista extiende una cuerda que va del pasado al porvenir, sin olvidar el presente, y esa cuerda atraviesa el corazón a menudo equívoco e implacable de la Historia.

En opinión de Paz, la literatura y las artes de hoy se exponen a un peligro que ya no es ideológico:

No las amenaza una doctrina o un partido político omnisciente sino un proceso económico sin rostro, sin alma y sin dirección. El mercado es circular, impersonal, imparcial e inflexible. Algunos me dirán que, a su manera, es justo. Tal vez. Pero es ciego y sordo, no ama a la literatura ni al riesgo, no sabe ni puede escoger. Su censura no es ideológica: no tiene ideas. Sabe de precios, no de valores.

El autoritarismo del mercado podría regularse si cultiváramos la fraternidad.

Los programas de los escritores socialistas y libertarios fueron muchas veces ingenuos y simplistas; otras, bruta-



les y despóticos. No obstante, ni las carencias, lagunas, errores y excesos de esos programas, ni su colosal fracaso histórico, invalidan la legitimidad de las preguntas que esos hombres se hicieron. Me parece que se aproxima la hora de hacernos esas o parecidas preguntas. Casi seguramente, nuestras respuestas serán distintas. Nada más natural. Pero estarán inspiradas por motivos semejantes y deberán satisfacer esperanzas análogas. Las preguntas a que me refiero son básicas. Aparecen en el momento mismo del nacimiento de la era moderna y en ellas está contenida, como si fuesen una semilla, toda la historia de nuestro tiempo, sus quimeras y sus contradicciones, sus extravíos y sus iluminaciones. Pueden condensarse, sin excesivo riesgo de simplificarlas, en la relación entre las tres palabras cardinales de la democracia moderna: libertad, igualdad y fraternidad. La relación entre ellas es incierta o, más bien, problemática. Hay contradicción entre ellas: ¿cuál es el puente que puede unir las?

A mi modo de ver, la palabra central de la tríada es *fraternidad*. En ella se enlazan las otras dos. La libertad puede existir sin igualdad y la igualdad sin libertad. La primera, aislada, ahonda las desigualdades y provoca las tiranías; la segunda, oprime a la libertad y termina por aniquilarla. La fraternidad es el nexo que las comunica, la virtud que las humaniza y las armoniza. Su otro nombre es solidaridad, herencia viva del cristianismo, versión moderna de la antigua caridad. Una virtud que no conocieron ni los griegos ni los romanos, enamorados de la libertad pero ignorantes de la verdadera compasión. Dadas las diferencias naturales entre los hombres, la igualdad es una aspiración ética que no puede realizarse sin recurrir al despotismo o a la acción de la fraternidad. Asimismo, mi libertad se enfrenta fatalmente a la libertad del otro y procura anularla. El único puente que puede reconciliar a estas dos hermanas enemigas —un puente hecho de brazos enlazados— es la fraternidad. Sobre esta humilde y

simple evidencia podría fundarse, en los días que vienen, una nueva filosofía política. Sólo la fraternidad puede disipar la pesadilla circular del mercado. Advierto que no hago sino imaginar o, más exactamente, entrever ese pensamiento. Lo veo como el heredero de la doble tradición de la modernidad: la liberal y la socialista. No creo que deba repetir las sino trascenderlas. Sería una verdadera renovación.

¿Será posible que así ocurra? El porvenir se ve incierto, para utilizar un lugar común que habita en el lenguaje del género humano; también es confuso, inestable y equívoco el presente. ¿Existirá el diálogo de las culturas o se impondrá el ejercicio indomable del poder? La miseria moral no se ha purificado aún. ¿Algún día? ¿Qué se hicieron la ternura, el amor al prójimo y a la naturaleza, la justicia que puede redimirnos? ¿Qué sucederá con la otra voz, la del Arte de la Palabra, la de las catacumbas, aquella voz de la infancia más luminosa y consciente, la del Génesis y del Apocalipsis? ¿Qué habrá de ocurrir con la sabiduría de los que a menudo naufragan en la plenitud de la inocencia? ¿Tiene algún sentido todo esto? Me parece que el poeta de *Árbol adentro* se fue del mundo sin mucha esperanza; más bien abrumado y ríspido, sospechando que ni siquiera la otra voz tiene ya mucho sentido en este mundo de locos sin consuelo, que todo lo compran y lo venden a una velocidad vertiginosa.

El 1 de diciembre de 1989, desde México, Octavio Paz escribe:

No sabemos si vivimos el fin o la renovación de la modernidad. En esta vuelta de los tiempos, ¿cuál podrá ser la función de la poesía? Si, como creo y espero, nace un nuevo pensamiento político, sus creadores tendrán que oír la *otra voz*. Fue inoída por los ideólogos revolucionarios

rios de nuestro siglo y esto explica, en parte al menos, el fracaso de sus proyectos. Sería desastroso que la nueva filosofía política ignorase esas realidades ocultas y enterradas por el hombre moderno. La función de la poesía durante los dos últimos siglos ha sido recordarnos la existencia de esas realidades; la función de la poesía de mañana no podrá ser distinta. Su misión no consiste en alimentar con ideas al pensamiento sino recordarle, como ahora, lo que tercamente ha olvidado durante tres siglos. La poesía es la Memoria hecha imagen y la imagen convertida en voz. La *otra voz* no es la voz de ultratumba: es la del hombre que está dormido en el fondo de cada hombre. Tiene mil años y tiene nuestra edad y todavía no nace. Es nuestro abuelo, nuestro hermano y nuestro biznieto. (...) Ahora bien, ocurra lo que ocurra, es claro que el inmenso, estúpido y suicida derroche de los recursos naturales tiene que cesar pronto, si es que los hombres quieren sobrevivir sobre la Tierra. La causa de este gigantesco desperdicio de riquezas —vida presente y futura— es el proceso circular del mercado. Es una actividad de alta eficacia pero sin dirección y cuyo único fin es producir más y más para consumir más y más. (...) Lo urgente, hoy, es saber cómo vamos a asegurar la supervivencia de la especie humana. Ante esa realidad, ¿cuál puede ser la función de la poesía? ¿Qué puede decir la *otra voz*? Ya he indicado que si naciese un nuevo pensamiento político, la influencia de la poesía sería indirecta: recordar ciertas realidades enterradas, resucitarlas y presentarlas. Ante la

cuestión de la supervivencia del género humano en una tierra envenenada y asolada, la respuesta no puede ser distinta. Su influencia sería indirecta: sugerir, inspirar e insinuar. No demostrar sino mostrar.

(...) Espejo de la fraternidad cósmica, el poema es un modelo de lo que podría ser la sociedad humana. Frente a la destrucción de la naturaleza, muestra la hermandad entre los astros y las partículas, las sustancias químicas y la conciencia. La poesía ejercita nuestra imaginación y así nos enseña a reconocer las diferencias y a descubrir las semejanzas. El universo es un tejido vivo de afinidades y oposiciones. Prueba viviente de la fraternidad universal, cada poema es una lección práctica de armonía y de concordia, aunque su tema sea la cólera del héroe, la soledad de la muchacha abandonada o el hundirse de la conciencia en el agua quieta del espejo. La poesía es el antídoto de la técnica y del mercado. A esto se reduce lo que podría ser, en nuestro tiempo y en el que llega, la función de la poesía. ¿Nada más? Nada menos.

¿Qué sucederá al fin con la voz de las catacumbas? ¿Será oída, cultivada y próxima como el pan de la comunión, siempre nuevo y muy antiguo? Los primeros hombres que se llamaron Adán y las primeras mujeres que se llamaron Eva, o incluso antes de Eva y de Adán, fueron poco a poco descubriendo la naturaleza y descubriéndose a sí mismos a través del Arte de la Palabra que se pronunciaba y aún se pronuncia, como en un murmullo, sin hacer mucho ruido para que Dios se conservara joven, aún más feliz que durante el primer día de la Creación, y no perdiera el equilibrio y la sabiduría. ¿Aceptaremos, de modo tolerante, las semejanzas y las diferencias, sin imponer nuestra visión del mundo como si fuese la primera y última verdad?

Por la boca del poeta habla —subrayo: *habla*, no escribe— la *otra voz*. Es la voz del poeta trágico y la del bufón, la de la solitaria melancolía y la de la fiesta, es la risotada y el suspiro, la del abrazo de los amantes y la de Hamlet ante el cráneo, la voz del silencio y la del tumulto, loca sabiduría y cuerda locura, susurro de confianza en la alcoba y oleaje de multitud en la plaza. Oír esa voz es oír al tiempo mismo, el tiempo que pasa y que, no obstante, regresa vuelto unas cuantas sílabas cristalinas.

Nacimiento, tal vez muerte, y sin duda resurrección del artista de la lengua pura e impura, como ha sido desde los orígenes del tiempo: el animal metafísico por antonomasia, muy cerca de Ludibrium, aquel ambiguo dios del juego. El animal físico y metafísico cuya mayor virtud es burlarse y compadecerse de su propia sombra, con absoluto amor, llorando y riéndose de un modo simultáneo. En aquella simultaneidad habita el milagro desde siempre. **U**



© Rogelio Cedeño